

## II

## «LES DESSOUS DU CONGRÈS DE VIENNE»

por el Comandante M. H. Weil.

Dos tomos en 8.º de xxiv-876 y 782 páginas, respectivamente. (París, 1917.)

Al aproximarse el otoño de 1814 y la fecha en que habrían de reunirse en Viena para el famoso Congreso, dos Emperadores, tres Reyes, varios Príncipes soberanos ó herederos y doscientos diez y seis jefes de misión de todos los países de Europa, el Ministerio de Policía austriaco, con el cual sólo pudo hasta entonces compararse el organizado en Francia por Napoleón, extremó todavía más la diligencia y la pericia y consiguió poner sus servicios á la considerable altura que las circunstancias demandaban.

El *gabinete negro*, designado con el pudoroso eufemismo de *La Manipulación*, abrió diariamente centenares de cartas y billetes interceptados, resumiendo el contenido de los más interesantes, extractando de ellos los párrafos merecedores de transcripción literal, descifrando los escritos con clave y los caligrafiados con tinta simpática, violando, en fin, por razones de interés público, el secreto de la correspondencia oficial y privada, que se pudo sorprender sin que los corresponsales lo advirtiesen.

Además de los agentes á quienes se encomendó la vigilancia de los personajes hospedados en Viena, otros, profesionales también, se instalaron á título de servidores en los domicilios de los diplomáticos extranjeros con encargo de huronear cuanto pudiesen. Y por si esto fuera poco, personas distinguidas, capaces de alternar en la alta sociedad vienesa con los más ilustres congresistas, se prestaron á servir de confidentes, mediante remuneración ó por desinteresado patriotismo y se aplicaron á aprovechar y aun á provocar las indiscreciones de sus interlocutores.

Con las noticias por tan varios conductos allegadas redactó el ministro de policía, Barón Hager, un informe cotidiano para Su Majestad, que el curiosísimo Emperador Francisco debió leer con

extraordinaria fruición, puesto que publicados ahora esos documentos por el Comandante Weil en este libro, del que tuvo la galante atención de ofrecer un ejemplar á nuestra Academia, todavía, transcurrido más de un siglo, conservan interés esas notas policiacas.

La habilidad de los subordinados del ministro puede advertirse en este párrafo del informe de 14 de Mayo de 1875, escogido al azar como botón de muestra: «Ayer, 13, se interceptó en casa del General Tchernitcheff una nueva carta escrita con tinta simpática y dirigida á la Srta. Itzstein, en Francfort, que está sin duda destinada á la amiga del Emperador Alejandro, Luisa Bethmann. Ateniéndose á las órdenes de V. M. decidió el Ministerio de Negocios Extranjeros no someter esa carta á ningún reactivo químico y restituirla para que pudiese ser enviada. Mas como no se resolvió esto sino tras de algunas consultas y deliberaciones, Tchernitcheff tuvo tiempo de advertir la desaparición de la carta, culpando de ella á su criado ruso y propinándole una buena paliza. El criado, que nada sabía, nada pudo decir; y nuestro agente, al volver de la *Manipulación*, tuvo la ocurrencia de deslizar la carta entre el escritorio y otro mueble, donde, como es natural, la encontró Tchernitcheff en el curso de las minuciosas pesquisas que á presencia suya mandó hacer.»

La discreta abstención con que procedió en este caso el Ministerio vienés de Negocios Extranjeros se explica leyendo otra carta de Alejandro á la Bethmann, anteriormente interceptada y descifrada. Ni la historia, ni la literatura erótica, ni siquiera la ortografía, hubieran perdido nada con que este documento quedara también inédito. El Zar de todas las Rusias, el vencedor de Napoleón, el árbitro de la paz del mundo en los comienzos del siglo XIX, desmerece á la luz de los escritos, dichos y hechos suyos que las notas del Barón Hager registran, como desmereció visto de cerca á los ojos de sus contemporáneos. Dos semanas apenas después de la llegada del Emperador moscovita á la corte austriaca, escribía ya Hager, el 8 de Noviembre de 1814: «Alejandro no ha sabido hacerse simpático. Era mucho más popular cuando no se le conocía. Se le reprocha su total carencia de in-

terés por las cosas de Arte. No se ha advertido en él todavía ningún rasgo original, ni siquiera un movimiento espontáneo. Las señoras, que influyen tanto en la opinión, le son en general muy poco favorables; esperaban ver un Apolo, poder admirar su conducta y sus modales y han sufrido una tremenda desilusión».

En el curso de los largos meses que el Zar pasó en Viena se demostró, en efecto, que en punto á Bellas Artes no cultivaba sino la danza con el incontinente afán que inspiró al Príncipe de Ligne el mordaz comentario de que el Congreso bailaba, pero no andaba. La urbanidad del Monarca ruso pecó, en verdad, de rudimentaria, y su educación de deficientísima, pero asusta pensar lo que habría acontecido en Viena si el elemento femenino no se desilusionara, porque, según el testimonio del propio Ministro de Policía, así en la alta como en la baja sociedad halló frecuentes y extraordinarias facilidades para consolarse de la ausencia de Luisa Bethmann.

Cierto que el autócrata tropezó también, tal cual vez, con la virtud; pero el hecho pareció tan insólito, que hubo de ser recogido en los informes cuotidianos. El 14 de Noviembre escriben á Hager: «En un baile no oficial, el Emperador de Rusia ofreció su brazo á una señora inglesa para sacarla á bailar y recibió una negativa. Una señorita, que se hallaba próxima á la señora, exclamó: —¿Pero no reconoce usted al Emperador? A un soberano no se le desaira jamás. La inglesa replicó: —En nuestro país, señorita, se nos reconoce el derecho de no bailar con los Príncipes ni con el Rey, y no hay motivo para que perdamos esta libertad en el extranjero».

El 21 de Noviembre informa al Ministro uno de sus confidentes: «En el baile que se ha dado en casa del Conde Francisco Pálffy, Alejandro, que admira mucho la belleza de la Condesa Szechenyi-Guilford, dijo á ésta: —Su marido de usted está ausente. Sería muy agradable ocupar provisionalmente su puesto. La Condesa contestó: —¿Me confunde V. M. con alguna provincia?»

El 10 de Diciembre avisa otro corresponsal á Hager: «Enterado de que el Príncipe Esterhazy iba á ausentarse para una expedición de caza en sus propiedades de Eisenstadt, anunció Ale-

Alexandro á la Princesa Leopoldina que iría á pasar una velada á su casa. La Princesa le envió una lista de las señoras á quienes contaba invitar para que tachase los nombres que no le fueran gratos. El Emperador los borró todos, menos el de la dueña de la casa. La Princesa entonces hizo venir á su marido de Eisenstadt, y el Príncipe llegó á tiempo de acompañar á su mujer el día de la visita de Alejandro, el cual, chasqueado y furioso, la redujo a unos cuantos minutos.»

La sensualidad del Zar, rayana en el libertinaje, y sus desaprensivas maneras de cosaco, no tuvieron émulo posible durante el Congreso de Viena; pero no escasearon los imitadores; el libro del Comandante Weil edifica al lector sobre este particular. Entre los mandatarios, coronados ó no, de las grandes potencias, la castidad sólo estuvo allí representada por lord Castlereagh, que se contentó con hacer reír á los vieneses, paseándose del brazo de su mujer por las calles de la ciudad, entrando en sus comercios, haciéndose enseñar con flema británica todo el surtido de la tienda y marchándose después sin adquirir nada.

La obra á que nos venimos refiriendo tiene mucho mayor interés para la historia anecdótica y pintoresca que para la política y diplomática del Congreso de Viena, agotada, en realidad, de tiempo atrás por una copiosa bibliografía. Pero á través de sus páginas se ve agigantarse sobre todas las otras la figura de Talleyrand, á cuyo genio hubo de recurrir en el difícil trance, por uno de sus escasos aciertos, el Borbón restaurado en el trono francés. Los más sagaces sabüesos del Ministro de Policía no logran penetrar en la intimidad del Príncipe de Benevento, que se encierra para escribir con sus secretarios, y quemar luego los papeles inútiles, que, absorto, además, por su ardua, escabrosa y trascendental misión, no incurre tampoco durante aquellos meses en ninguna flaqueza de las que pudieran haber enervado su prestigio. Plenipotenciario de la Francia vencida, excluído de las deliberaciones preliminares, sospechosísimo á todos por la fama de su talento, por sus nada recomendables antecedentes personales y por los vínculos que en otro tiempo le ligaron á Napoleón, execrado por quienes acababan de derribarle, pero seguían aún

temiéndole, supo Talleyrand sembrar la discordia entre sus adversarios, asumir un papel más relevante cada día hasta llegar á desempeñarlo preeminentemente y prevalecer en casi todos los empeños que él interés de su patria le impulsó á propugnar.

El Congreso de Viena se había reunido, como todas las grandes Asambleas internacionales, bajo la advocación de hidalgos principios: los derechos imprescriptibles, el restablecimiento de los Gobiernos legítimos, la conservación del Derecho público, la independencia de los pueblos. Pero tras esta monumental fachada se cobijaron todas las codicias, ambiciones y vanidades de los poderosos de la tierra, favorecidos por la suerte de las armas. Un espíritu mediocre se habría contentado con ir á la parte en nombre de su país, resignándose á cualesquiera combinaciones á cambio de alguna piltrafa territorial. Muy al contrario, Talleyrand sirvió al supremo interés de Francia, cogiendo por la palabra á los vencedores, los cuales, cuando pretendían repartirse el botín de sus victorias, vieron erguirse al príncipe de Benevento, clamando una y otra vez, hasta que le hubo escuchado la opinión pública europea: —Si es verdad que no hicisteis la guerra á la fortuna de Napoleón, sino á sus principios, no podéis vosotros practicarlos ahora, y habréis de renunciar á lo que injustamente estáis poseyendo.

Y de este modo, el genio diplomático de Talleyrand, trocó durante el Congreso de Viena en victoria para su país, lo que fué total vencimiento en los campos de batalla.

¡Lástima que en aquellos críticos episodios no tuviese España otro representante que Labrador, cuya infortunada gestión analizó ya con la maestría en él habitual nuestro colega el señor marqués de Villaurrutia!

Cierto que sólo la candidez de quienes creen que el agradecimiento es una virtud cotizabile en la política internacional, pudo imaginar que Europa tomaría en cuenta á nuestra patria los enormes sacrificios por ella realizados para sacudir el yugo napoleónico. Haberlos hecho fué precisamente la causa de la anemia que en 1814 padecía España, uno de cuyos resultados, previsto ya en Viena, iba á ser la pérdida de su inmenso imperio colonial.

americano. Éramos débiles, porque nos habíamos desangrado combatiendo por los grandes principios que el Congreso invocó, y porque éramos débiles se nos relegaba en ese mismo Congreso de la Paz al último término. Pero la habilidad y el talento de nuestro plenipotenciario hubiesen conseguido quizá reparar, en parte al menos, esta injusticia y mantener á nuestra nación en el puesto á que la hacían acreedora la inmarcesible historia de su raza y las varoniles muestras que de sus intactas energías acababa ella de dar durante la guerra de la Independencia.

Labrador no aparece en los informes de Hager ni como crapuloso ni como genial; se le da en ellos trato de factor insignificante, y apenas se le nombra. Pero en las contadas ocasiones en que él ó sus subordinados salen á escena, les sorprendemos revelando á un confidente echadizo, á las pocas horas de su llegada, las instrucciones secretas que en Madrid recibieron, y jactándose, poco después, de que gracias á ellos obtendrían España y Francia el lugar que les era debido, porque, decididamente, el cuitado de Talleyrand no estaba á la altura de su misión.

Aun á riesgo de molestaros prolongando este ya largo Informe, no resisto á la tentación de recoger en él algo del dramático reflejo que en el libro de Mr. Weil tiene la última aventura napoleónica: la fuga de la isla de Elba.

Las confidencias de los agentes ociosos de Hager muestran cuán general fué en Europa la preocupación por la vecindad á Francia del *monstruo* caído, y por la proximidad de la isla de Elba al reino de Nápoles, cuya corona ceñía aún Joaquín Murat en espera de la decisión del Congreso. La idea de enviar á Napoleón mucho más lejos, é incluso nominalmente a Santa Elena, aparece con frecuencia en los documentos coetáneos, y tiene singular interés este párrafo de una carta del General Dupont á Talleyrand, fechada en París el 15 de Octubre de 1814 é interceptada por el *gabinete negro*: «Según los informes recibidos de Porto-Ferrajo —escribía el vencido de Bailén, que no perdonó jamás á Bonaparte su propia derrota—, será muy difícil secuestrar á Napoleón, porque tiene tomadas todas las precauciones para evitarlo y cuenta con la adhesión de sus tropas. Mariotti

confía, no obstante, en conseguirlo. Napoleón va á menudo en su *brick* á la isla de Pianosa, y duerme á bordo porque no hay instalación adecuada en tierra. El comandante del *brick*, Taillade, es pobre; Napoleón le ha rebajado el sueldo, y no parece difícil poderlo ganar».

Los optimismos de Dupont no se confirmaron, y en los primeros días de Marzo de 1815 se supo en Viena, como rumor inverosímil al principio, y como noticia auténtica horas después, la fuga de Bonaparte con rumbo desconocido. La opinión general se inclinó á suponer que si osaba desembarcar en Francia sería aprehendido y fusilado como cualquier contrabandista malhechor. El mismo príncipe Talleyrand, no obstante su congénita cautela, exclamó con sincera ó afectada naturalidad: «Lo que no comprendo es adónde piensa ir, porque en Francia se ha hecho imposible y no conseguiría absolutamente nada».

Pero las malas nuevas se sucedieron; Grenoble y Lyon abrían sus puertas al audaz Bonaparte; Ney y su ejército desertaban, pasándose al enemigo; Luis XVIII huía, entre lágrimas y bendiciones, de París; Napoleón, instalado sin disparar un tiro en la capital de su imperio, formaba un Gobierno de matiz francamente liberal; la perspectiva de la guerra, inevitable ya, tornaba á ensombrecer el horizonte europeo. Los italianos nacionalistas, los sajones, los polacos y cuantos vieron hasta entonces con disgusto la marcha del Congreso de Viena, no recataron ahora su júbilo, y otro tanto aconteció con los más de los franceses residentes en la capital de Austria, y en singular con los del séquito de María Luisa. Meternich se apresuró á precaver otras posibles sorpresas, verosímiles siempre de parte de tan audaz adversario. El Rey de Roma, á quien se llamaba en Viena Príncipe de Parma, fué rodeado de servidores alemanes y trasladado de Schoenbrunn á la capital; mientras, las damas de la ex Emperatriz y el aya de su hijo quedaban poco menos que confinadas como sospechosas, y en la librea y en la caballeriza de la casa de María Luisa los colores napoleónicos eran sustituidos por los imperiales austriacos. Con tan nimia precaución no se logró siquiera que el niño de cuatro años que había de ser conocido en la historia con

el nombre de Napoleón II, ignorase lo que estaba sucediendo, porque cuando el Emperador Francisco se despedía de su nieto para encaminarse hacia el Cuartel general de los aliados, le oyó decir estupefacto: «¿Verdad, abuelo, que tú no harás daño á papá?»

La menos disimulada y también la más imperdonable de las indignaciones que produjo en Viena el éxito feliz de la fuga del *monstruo* fué precisamente la de su augusta consorte. La Archiduquesa María Luisa acaba de obtener del Emperador Alejandro la seguridad de que le serían atribuídos por el Congreso los dominios italianos que demandó; y satisfecha así su ambición, mucho más que de la suerte de su marido se preocupó de la del general Neipperg, cuyas dotes estratégicas tan mal paradas quedaron durante aquella campaña.

El libro del comandante Weil confirma con pruebas inéditas estos hechos, señalados ya por otros historiadores, y aporta además la demostración plena de la absoluta confianza con que descontaban los aliados durante los Cien días el fracaso indefectible de esta postrera tentativa napoleónica. Hubo, claro es, un movimiento casi general de mal humor contra la restaurada dinastía borbónica, cuya ineptitud no supo prever ni frustrar el golpe que la amagó é hirió al fin; pero del resultado final no dudaba nadie, entre los enemigos de Napoleón.

La batalla de Leipzig, tan reciente aún, acababa de recordar á la humanidad entera la perenne enseñanza de la Historia, que reputa efímeras todas las obras de la Fuerza. Si en la jornada de Waterlóo, Grouchy se hubiese anticipado á Blücher, los Cien días, habrían sido quinientos, acaso mil, pero más pronto ó más tarde se hubiera comprobado de fijo, una vez más, que el poder militar no basta para sostener ningún trono. Y al cabo de los años esto mismo se habría, una vez más, olvidado; porque no parece sino que el prurito de dominación universal es morbo infeccioso, endémico en la tierra, que los vencidos transmiten á los vencedores para venganza de su derrota. El escarmiento de los Austria, no aprovecha á los Borbones, ni el de los Borbones á los Bonaparte, ni el de los Bonaparte á los Hohenzollern. Periódicamente los



mandatarios del mundo civilizado se reúnen en Münster, en Utrecht, en Viena, á fin de asegurar paz perpetua á los pueblos, mediante el predominio del Derecho sobre la Fuerza; mas como el Derecho de los diplomáticos no es precisamente la Justicia, lo que ellos emborronan con tinta, se lava después con sangre humana.

A la hora actual, quizá han comenzado ya á escribirse documentos análogos á los que con tanta discreción y amenidad clasificó el Comandante Weil, en la obra que examinamos; la índole fatalmente indiscreta de su contenido será causa de que hasta el siglo XXI permanezcan ellos inéditos y aun ocultos. De los personajes á quienes tales documentos se refieran, depende que, cuando se publiquen y los lean, no incluyan nuestros descendientes el nombre geográfico con que se designará al próximo Congreso, como uno más en la lista de los que recuerdan hoy, otras tantas defraudaciones perpetradas por los directores del mundo culto á costa de la paciente humanidad.

Madrid, 27, XII, 18.

GABRIEL MAURA Y GAMAZO.

### III

#### LOS MERINOS MAYORES DE ASTURIAS Y SU DESCENDENCIA

Apuntes genealógicos, históricos y anecdóticos, por el Marqués de Alcedo y de San Carlos (Académico Correspondiente de la Historia), Madrid; 1917. Tomo, en 4.º menor, de 257 páginas, una dedicatoria, tres índices, 24 láminas y 37 documentos intercalados en el texto.

Al abrir el libro creemos encontrar la genealogía de los Merinos de tierra asturiana, y con gran sorpresa hallamos el comienzo de un estudio acerca de la familia de los Quiñones de León. Nos asalta por un momento la duda de si, en efecto, no hubo más Merinos de Asturias que los famosos Quiñones, pero pronto el autor nos auxilia sacándonos de la repentina ofuscación, pues